

---

# Dos cuentos infantiles

POR GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ

## El vacío

Tranquilito ya es un muchacho grande y está en la secundaria, pero sigue perdiéndose en sus pensamientos. Vamos, hay que comprenderlo, ¿cómo olvidar que, antes, cuando tuvo sed, amarró por las patas a las nubes y las ordeñó como a una vaca? ¿Cómo echar al olvido que cuando necesitó calor después de muchas horas y horas de lluvia, inventó el fuego mediante el rechinar de sus dientes? ¿Que cuando sintió soledad y miedo encontró en el jardín de Mamá Charo todo un sinfín de seres vivos con los que compartió su soledad y dispuso su miedo?

Ahora ya no vive tan cerca del jardín de la abuela; a veces, los fines de semana, puede ir hasta allá, pero no es lo mismo. De algún modo el arte de entender el lenguaje de los pájaros y de poder hablar con las arañas peludas lo ha ido perdiendo no sabe cómo ni cuándo.

Claro, intactos aún mantiene el amor por los árboles, por los animales, incluso por los que viven debajo de las piedras. ¿Qué le falta? Quizás poder hablar con ellos, como antes, pero al parecer, eso ya no volverá: se quedó atrás con los pantalones cortos, con el caminar descalzo a pesar de los regaños de la abuela o de la madre, con sus viajes al jardín, con sus juegos de piratas y corsarios.

Desde pequeño fue a la escuela y aprendió en un parpadear de ojos. Pero luego le dijeron que debía aprender nuevas cosas, y nuevas cosas,

y nuevas cosas. Él hace sus tareas cotidianas, participa en clases, habla con sus compañeros y profesores, tiene buena letra, es disciplinado, actúa con decencia. Podría decirse que Tranquilito es casi un modelo, un prototipo de persona bien educada. Pero todo eso no llena el vacío que siente. Lo peor es que no sabe en qué parte del cuerpo tiene ese vacío.

—A veces lo siento en el estómago, pero otras veces en la cabeza... -suele explicarse a sí mismo.

Hasta que un día se puso “ojo al Cristo”. Quería descubrir lo que pasaba, agarrar el vacío con las manos en la masa. Quería cerciorarse, informarse. Y para ello dispuso leer muchos libros: leyó unas crónicas de Cristóbal Colón (por algo le dicen “El Descubridor”), la historia de La Cucarachita Mandinga, las de Piti y Mini, las de Chico Perico, las de Don Ñeque; los poemas del sol y la lluvia... Así pasó varios días. Cuando terminó de leer diez libros, sintió que tenía la respuesta a su inquietud: había dejado atrás una etapa maravillosa de su vida, pero podía volver a ella cuantas veces quisiera.

En efecto, en cada lectura encontró una puerta a muchas aventuras, a otras puertas que a su vez se abrían hacia mundos sumamente atractivos.

Y poco a poco, el vacío se fue llenando. Tranquilito es ya un muchacho grande.



## La evolución

**E**l verano ya se fue. Ahora viene un viento helado como salido de un mundo de hielo. Todo se va, todo camina, aunque a paso lento, pero camina. Ya se fueron los trompos, las estrellitas de *yaks* con sus bolas de colores, la cometa, la lata y la queda, los pantalones cortos; la rayuela también pasó. El cero escondido ya no se ve. Todo pasa y todo se va. Tal vez es algo normal. Las cosas pasan delante de todos. Tal vez si nos detuviéramos un momento a mirar.

Un día, Tranquilito, desde su casa, se dispuso a mirar. Le puso un alto a su ir y venir. Puso el oído atento; el oído y los ojos.

—¿A dónde van las cosas? -se preguntó- ¿A dónde se irán las palabras y los sueños?

Tranquilito estaba en la sala y acababa de terminar de leer un libro. Se paró frente al espejo y se dio cuenta que ya no era el mismo de ayer. A la vez, era tan parecido o igual que antes.

—¿Yo también me iré? —siguió preguntándose.

Notó que sus dientes tenían más filo que al principio. Su voz sonaba fuerte; antes, se oía como la cuerda prima de su guitarra; ya no. Ahora, cuidado, la luz intensa de sus ojos es capaz de marchitar los retoños de los árboles. Antes era capaz de mo-

ver las orejas como un burrito, sacar la lengua hasta que diera miedo, estirarse la boca hasta tocarse las orejas. Ahora ya no quiere hacer esas cosas. En su cuerpo nadie podría contar ya las costillas, como antes se podía. Ahora, a menudo siente unos deseos profundos, pero no sabe de qué.

Por eso, cuando no se queda leyendo, suele salir de casa y caminar mucho. Pasa por el parque y dobla la esquina del arbolito, llega a la casa cural y saluda al padre Bernardo, gira en la esquina donde el maestro Monchi y se para frente a la bajada de El Salto. Allí se queda mirando el agua correr.

—¿Quién empuja el agua del río? -piensa.

Enseguida mira a los pájaros y a sus crías, a los árboles, y recuerda cuando podía conversar con ellos en el jardín de Mamá Charo; y regresa aprisa a su casa.

Deja atrás la subida de El Salto, dobla la esquina del maestro Monchi, sigue por la casa cural, saluda otra vez al padre Bernardo y da la vuelta por la esquina del arbolito. Después del parque, llega a su casa. La mamá lo está esperando.

—Mamá, ¿quién empuja el agua del río? -le pregunta.

—¡Dios! -contesta la madre.

—¿Y quién se lleva las cosas? -volvió a preguntar.

—El tiempo -responde la señora.

—¿Y dónde puede uno hallar al tiempo? -insiste él.

—Pues ahí mismo, donde empujan el agua del río.

La enorme sonrisa en el rostro de Tranquilito anuncia la llegada de una nueva época, en que muchas cosas se habrán ido, pero otras comienzan a anunciar su llegada, como el viento helado que habla de un invierno que no demora.

---

\*Tomados de: Gloria Melania Rodríguez. *El jardín de Mamá Charo*. INAC, Panamá, 2009.

---

GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003 de la U.T.P. En 2005 gana el Premio de cuento "Darío Herrera" de la Universidad de Panamá con su primer libro de cuentos: *Cartas al editor* (2006). En 2008 obtiene el Premio "Carlos Francisco Changmarín" de Literatura Infantil por su libro *El jardín de Mamá Charo* (2009).